

CAPÍTULO 1

Confusión

*Necesitaba encontrar en su olvido las respuestas que,
intuía, no estaban en su memoria.*

CIUDAD DE MÉXICO, NOVIEMBRE DE 2022

El sonido de la lluvia contra la ventana de la habitación 303 del Hospital General Xoco era cada vez más fuerte. Un temporal unía las fuerzas de un viento furioso con el agua enredada en su potencia hostil. Tal vez porque a ella le gustaba que lloviese despertó con una sonrisa en el rostro. Sin embargo, al mirar a su alrededor, su expresión mutó al desconcierto. Atinó a levantarse de la cama, y notó que tenía un suero colocado en la vena. El movimiento le provocó dolor en el brazo. Se tocó la cara y la cabeza sin pensar, y palpó un vendaje entre el cabello, justo en el momento en que ingresó una enfermera a la habitación.

–¡Buenas tardes, señora! No, por favor. No toque su herida –indicó–. Le han dado siete puntos en la nuca. Estamos en el Hospital Xoco de Ciudad de México. ¿Recuerda lo que sucedió?

—No, yo no sé qué pasó —respondió confundida—. ¿Qué hago aquí? ¿México dijo? —preguntó completamente desorientada.

18 —Sí, Ciudad de México. Llegó aquí inconsciente, en ambulancia, ayer por la noche. Parece que estaba usted en un bar en el que hubo una pelea y luego llegó la policía. En medio de las personas que pretendían huir, dijeron que usted cayó, se lastimó y perdió el conocimiento. No tenía sus pertenencias, por lo que imagino que las extravió o se las robaron en medio de la confusión. ¿Podría decirme su nombre y cuántos años tiene?

Los interrogantes sacudieron su memoria contra las paredes infinitas de los recuerdos. La garganta comenzó a cerrársele, le faltaba el aire y sintió ganas de llorar.

—¿Está usted bien? —preguntó la enfermera preocupada ante su palidez repentina.

—No. No lo estoy. No sé quién soy. Desconozco mi edad y no entiendo por qué estoy en México.

—Por su acento diría que usted no es de por aquí. Quizá esté de vacaciones —sugirió la enfermera sin esperar respuesta—. Mantenga la calma, la pérdida de memoria puede ocurrir al recibir golpes. Llamaré al neurólogo, él se ocupará.

Minutos después, un médico la examinaba y le hacía preguntas que no podía contestar. Su historia había desaparecido. ¿Dónde iba a encontrarla? ¿Vacaciones? ¿De dónde era? Se sintió absurda intentado recordar su origen cuando no podía saber ni siquiera su nombre.

—¿Alguien ha preguntado por mí? —interrogó al médico.

—No por el momento. Usted recibió un golpe contra un escalón que provocó un corte y conmoción cerebral. Tengo entendido que ha presenciado un acontecimiento estresante, según nos informaron quienes la trajeron aquí. Eso en algunos casos produce una incapacidad para

recordar información personal importante. Casi siempre es temporal. No se preocupe –la tranquilizó–. De todas maneras, permanecerá aquí en observación y le haremos estudios complementarios para estar seguros de eso. La policía será puesta en conocimiento de su estado. Ellos están afuera, esperando que despierte para tomarle testimonio.

–¿La policía? ¿Testimonio de qué? –Absolutamente nada tenía sentido para ella. Era una mujer sin identidad, en un país extraño, incapaz de imaginar cuáles eran las razones que la habían ubicado en esa situación.

–De lo ocurrido anoche, en el bar.

–Escuche, ¿entiende que no sé quién soy? –dijo en tono soberbio y de mal modo.

–Perfectamente, pero debe hablar con la policía, no conmigo. –Al advertir que había maltratado al profesional que era el único que podía hacer algo por ella se arrepintió.

–Discúlpeme, por favor. ¿Sabe usted que sucedió en el bar? Porque yo no sé de qué bar hablan y menos de qué hecho. Necesito que alguien de mi país me auxilie –reclamó indignada.

–Soy neurólogo, no estuve en el lugar de los hechos. ¿Recuerda cuál es su país? –preguntó retomando el discurso de ella.

–¡Por supuesto que no! –respondió elevando su tono. Estaba furiosa.

–Y ¿cómo sabe que no es de aquí? –Sentía que el médico la acusaba de ocultar algo. De pronto, alguien interrumpió la escena.

–Soy el inspector general de Policía Danilo Gispert –se presentó un hombre de unos cuarenta años con voz grave–. Doctor, ¿podría dejarnos solos? –pidió.

–Solo cinco minutos, la paciente debe descansar.

–Así será.

La mujer esperaba ser interrogada sobre hechos que desconocía al tiempo que se esforzaba por recordar quién era y qué hacía en México.

–Le haré algunas preguntas –anticipó.

–Vea, oficial, no recuerdo mi nombre, no sé qué hago aquí y no recuerdo nada sobre lo sucedido en el bar que según me dicen visité anoche. No puedo ayudarlo. Solo le pido que intente localizar mi bolso en busca de una identificación que me permita empezar a comprender.

–Le diré lo que sé y usted tendrá que contarme el resto. Su nombre es Guadalupe Olivera, es argentina. Tiene cuarenta y nueve años y su pasaporte indica que llegó a México hace una semana.

–¿Cómo sabe eso?

–Su amigo me entregó sus pertenencias.

–¿Qué amigo?

–Roberto De la Cruz.

–No sé quién es esa persona. Debo volver a mi país, a mi casa. Ayúdeme, por favor. –Estaba nerviosa y angustiada. No recordaba ser argentina, pero parecía tener sentido.

–No puede hacerlo de momento. Los disturbios en el bar ocurrieron porque dos sujetos con antecedentes penales fueron a increpar al hombre con el que usted bebía y conversaba anoche, De la Cruz, él dice que no conoce a esos hombres y no sabe qué querían. También dice que usted es su pareja.

–¿Qué? No conozco a ningún De la Cruz. ¿Usted dice que solo en días en este país me he involucrado en un hecho violento y que tengo una pareja aquí en México que no sé quién es? ¡Esto es un disparate! –vociferó.

–Tal vez. Pero no saldrá de México hasta que tenga el alta y declare formalmente. Puede que sí conozca a De la Cruz, si no recuerda nada, todo es posible –arriesgó.

—¡Exacto! También es posible que inventen que soy parte de algo con lo que no tengo nada que ver —se defendió.

—No se confunda, no estoy aquí para complicar la situación de nadie. Me baso en las declaraciones de testigos y los hechos.

—¿Tengo familia? —preguntó asustada.

—Sí. Su marido, está viajando hacia aquí.

En ese momento supo que el miedo y la preocupación no necesitaban nombre y apellido, ni historias familiares o verdades en las que apoyarse. Simplemente, eran. Le dio escalofríos el temor ante lo irrazonable del relato, pero también sintió una agobiante ansiedad frente a la inminente llegada de una pareja que no sabía que tenía. Eso para empezar. Luego, ¿era capaz de ser parte de hechos delictivos? ¿Era ese hombre, Roberto De la Cruz, su amante? Sentía que tendría que dar muchas explicaciones y no tenía idea de nada. Solo intuía que sería difícil. Miró su mano izquierda, no lucía alianza alguna, pero la marca de haber usado una por mucho tiempo estaba allí en su dedo anular, evidenciando un recorrido apretado y circular en la piel que diferenciaba su grosor del resto de la falange.

En cualquier situación, buena o mala, en la que las emociones como la ansiedad y miedo o la confusión parecen dominarlo todo, es importante recordar que todo es fugaz, que todo pasará, que es imposible la eternidad de un conflicto en la tierra. El control está en la mente, en el poder sobre el aquí y el ahora. Luego solo quedan los recuerdos.

La calma es el mejor remedio para lo que no depende de cada uno. Si algo está fuera de control, es mejor dejarlo fuera de la mente. Sin embargo, toda esa teoría se convertía en pura fantasía ante la sensación de pánico que le provocaba su realidad sin memoria, pero llena de potenciales problemas.